

LA MENTALIDAD SOCIAL DE LOS TRABAJADORES DE VIZCAYA A COMIENZOS DE LA INDUSTRIALIZACIÓN. LOS ESTEREOTIPOS Y LOS IMAGINARIOS OBREROS

The social mentality of the Biscay workers at the beginning of industrialization. Working-class stereotypes and imaginaries

Manuel MONTERO
Universidad del País Vasco
manuel.montero@ehu.eus

Fecha recepción: 27/06/16; Revisión: 21/07/16; Aceptación: 05/09/16

RESUMEN: Este artículo analiza los valores y prioridades de los obreros vizcaínos a finales del siglo XIX a partir de una fuente documental compuesta por cartas que escribieron jornaleros entre 1895 y 1898, cuando combatían en Cuba y en Filipinas. Muestran los conceptos sociales que manejaban y su mentalidad respecto a sus distintos ámbitos de relación, así como la presencia de principios relacionados con el patriotismo, la religiosidad o la solidaridad.

Estudia también los principales estereotipos que se difundían respecto a los obreros, fundamentalmente el obrero socialista, el obrero cristiano y el obrero colaborador con la patronal.

El contraste entre tales estereotipos y la mentalidad de los obreros, según se deduce de la fuente primaria, es muy agudo. En sus creencias cabe destacar la ausencia de valores asociados a la religiosidad o a planteamientos sociales y la prioridad de las estructuras familiares, que definen el ámbito social en el que se sienten insertos.

Palabras clave: Obreros; mentalidad; familia; industrialización; guerras coloniales.

ABSTRACT: This article analyses the values and priorities of the Biscay workers in the late XIX century through a documentary source made up of letters written by labourers between 1895 and 1898, while / when they were fighting in Cuba and Philipines. These letters show the social concepts used by them and their mentality towards different social spheres, as well as the presence of patriotism, religion and solidarity-based principles.

It also studies the main stereotypes spread about the working-class, basically the socialist stereotype, the Christian and the collaborator with the trade association.

The contrast between these stereotypes and the workers' mentality is very sharp, as we can deduce from the primary source. Regarding their beliefs, the absence of religious or social-related values must be emphasized, as well as the priority of the family, which define the social sphere where they feel to belong.

Key words: Working-class; mentality; family; industrialization; colonial wars.

El análisis de las creencias y de las concepciones sociales que tiene un grupo permite comprender sus comportamientos y reacciones en los distintos momentos históricos. Tiene particular interés la mentalidad de los obreros en las primeras etapas de la industrialización, cuando se pergeñaron conceptos básicos, tales como las nociones de clase obrera y de la solidaridad o las imágenes de la jerarquización social. Los estudios desde estos puntos de vista presentan particulares dificultades, sobre todo por la escasez de fuentes primarias cuyos autores pertenezcan a este ámbito social. Los imaginarios de los obreros quedan sustituidos por las elaboraciones ideológicas de los partidos y movimientos que los representaron. Sólo a veces se perciben las distancias entre las idealizaciones obreristas y esta base social, cuando los comportamientos obreros no se ajustan estrictamente a las directrices de los dirigentes.

La mentalidad social de los obreros vizcaínos en el arranque de la industrialización no ha sido objeto de un análisis específico, sin duda por la razón aducida. La historiografía ha indagado sobre los planteamientos ideológicos que triunfaron y conocemos bien los principales hitos del desenvolvimiento del movimiento obrero, producido en torno a la secuencia de huelgas y los llamamientos a la movilización que tuvieron lugar sobre todo desde los años noventa del siglo XIX.

El hallazgo de una fuente primaria, compuesta por varias decenas de cartas escritas por jornaleros entre 1895 y 1898, permite abordar la cuestión desde una nueva perspectiva. Describiremos más adelante esta documentación, pero cabe adelantar que su análisis contrastado permite reconstruir las imágenes que sobre la sociedad tenían los obreros, qué ámbitos primaban y cuáles quedaban en un segundo término. Con las limitaciones que presenta la correspondencia, que describe incidentes y estados de ánimo personales, estos textos proporcionan datos para reconstruir su religiosidad, patriotismo o tipo de solidaridad, en la medida que existían, así como sus actitudes ante la jerarquía social o acerca de los ámbitos familiares.

Las cartas están escritas por jóvenes que vivían en Baracaldo, cuando esta localidad experimentaba el primer despegue fabril, y en su gran mayoría eran jornaleros. Pese a que constituye una muestra limitada, nos aproxima a la mentalidad que tenían los obreros entre los que se produjo el desarrollo del socialismo.

Nos referiremos en primer lugar a los imaginarios que sobre los obreros existían en Vizcaya a fines del siglo XIX, para analizar después cuáles eran los planteamientos vitales que éstos tenían, a juzgar por la documentación privada que nos ha llegado. Los primeros tienden a la simplificación y no se ajustan necesariamente a los segundos.

1. LOS ESTEREOTIPOS SOBRE LOS OBREROS

En el periodo de la industrialización vizcaína se forjaron y difundieron distintas imágenes sociales sobre los grupos obreros, que hicieron las veces de representación fidedigna. Su reconstrucción permite evaluar adecuadamente los rasgos básicos de la mentalidad obrera que proporcionan los escritos de los jornaleros, que analizaremos después.

El estereotipo más extendido en la época, y el que ha pesado en la historiografía, fue el del obrero socialista, con una temprana (y moderna) conciencia de clase y gran capacidad de movilización solidaria. Tuvieron también importancia coetánea otros estereotipos, pese a que la reconstrucción histórica los ha relegado, como secundarios o fruto de una suerte de manipulación. Estaba, así, la imagen del obrero cristiano, promovida por la Iglesia pero con aceptación en amplios sectores. Una religiosidad que se describía como humilde y propia de los grupos obreros sería la base de una especie de armonía interclasista. Estaba relacionado con esta versión, pero tenía su desarrollo propio, el estereotipo del obrero colaborador, cómplice con la patronal, que se movilizaba en función de los intereses empresariales. Esta actitud fue infrecuente, al menos de cara a la opinión pública, pero surgió esporádicamente, cuando alguna gran empresa pasaba por apuros o en algunas reivindicaciones político-económicas, por lo común de índole proteccionista.

Los mencionados fueron los estereotipos principales, pero estaban también las imágenes pintorescas o airadas que a veces transmitía la prensa o la imagen del obrero anarquista asociado a la dinamita y a la violencia.

Los estereotipos construyeron sucesivas y a veces contradictorias imágenes. Venían a interpretar las actitudes obreras. Tienen interés para contrastarlas con la mentalidad de los obreros tal y como puede reconstruirse a partir de la documentación que dejaron.

1.1. *El obrero socialista*

Desde la huelga general de mayo de 1890 los obreros tuvieron una presencia creciente en la vida política y social de Vizcaya. Constituyó un cambio súbito, pues

hasta entonces lo característico era «la desmovilización obrera»¹. Julián Zugazagoitia describía así el «ambiente vizcaíno de 1890», refiriéndose al que había antes de la huelga:

En el trabajo, un régimen de relaciones patriarcales en que al trabajador correspondía obedecer y desalmarse en la labor, y al patrono, mostrarse solícito y palmear familiarmente las espaldas del obrero².

Aparecía como una especie de Arcadia feliz: pese a que subía de forma espectacular la explotación minera y arraigaba el trabajo en las fábricas, «las huelgas constituyen un fenómeno excepcional en las costumbres de Vizcaya»³.

Durante los años ochenta, las referencias periodísticas a la zona minera solían tener un aire casi bucólico.

Por estas férreas montañas no ocurre otra novedad que hallarse ya trabajando cada cual en su puesto [...] Hoy se observa la gran circulación de carros, la animación del obrero en su semblante y el silbido de las locomotoras⁴.

En la década siguiente proliferarían las referencias a las difíciles condiciones de vida, pero de momento, y con la excepción de los accidentes, la prensa solía recoger noticias positivas. Un buen ejemplo lo constituye la siguiente:

No he visto pagar jornales tan crecidos como actualmente; las cuadrillas de mujeres que transportan tierras o mineral en cestos ganan de 10 a 11 rs. (así que no es fácil encontrar criadas para el servicio doméstico), y los chicos igual jornal; los peones ganan de 12 a 15 rs., teniendo la ventaja algunos que trabajan por tarea de sacar hasta cinco cuartos de día. [...] Esto promete.

Subía también el precio de «los comestibles», pero «ateniéndose el trabajador a una alimentación modesta, como acostumbra, puede ahorrar algunos cuartos»⁵. Había momentos de apuros, pero en los periódicos quedaban apenas sugeridos. Como sucedía para otros ámbitos vitales, se fijaban sobre todo en la bonanza.

El primer estereotipo construía la imagen del obrero esforzado y satisfecho, pero sin ningún protagonismo público.

El clima social cambió a partir de la Gran Huelga. Desde entonces los obreros vizcaínos protagonizaron una creciente actividad política y sindical, que hasta 1910, durante la etapa épica⁶, se caracterizó por su radicalidad, tanto en las minas

1. FUSI, Juan Pablo: *Política obrera en el País Vasco (1880-1923)*. Madrid, 1975, p. 68.

2. ZUGAZAGOITIA, Julián: *El Asalto*. Bilbao: Club de Estudios y Debate Julián Zugazagoitia, 1991 [1929], p. 34.

3. Reformas sociales: *Información oral y escrita*. Madrid, vol. V, 1893, p. 385.

4. «Carta de Gallarta», *El Noticiero Bilbaíno*, 18 de marzo de 1883.

5. «Carta de Gallarta», *El Noticiero Bilbaíno*, 22 de abril de 1883.

6. MONTERO, Manuel: *La construcción del País Vasco contemporáneo*. San Sebastián: ed. Txertoa, 1993, pp. 215 y ss.

como, en menor medida, en las industrias. Este primer movimiento obrero vizcaíno quedó asociado casi exclusivamente al socialismo, con gran impacto entre la naciente clase obrera de Vizcaya. Las crónicas hablan del liderazgo de Facundo Perezagua y de sociedades de resistencia vinculadas a la Unión de Trabajadores, las Agrupaciones Socialistas y ocasionalmente los Comités de Huelga.

Con tales bases se gestó el estereotipo del obrero solidario, de tempranas convicciones socialistas, generales entre los trabajadores de Vizcaya. Los líderes y las organizaciones no harían sino despertarla. En palabras de Unamuno, durante su etapa socialista,

preocupémonos de ir despertando de su sueño de servidumbre a los que en él duermen, de ir encendiendo ideales en su mente oscurecida por la explotación de su trabajo, y como al cabo vencen los mejores, no dudemos del triunfo [socialista]⁷.

En términos generales, no resulta discutible que

el ideal del Partido Socialista, es decir, la completa emancipación de la clase trabajadora, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola clase de trabajadores, iguales, honrados e inteligentes, fue sin duda calando hondo en los núcleos obreros⁸,

al menos mayoritariamente —no en la literalidad expuesta— pero el proceso fue lento y no consistió en el mero desarrollo de una especie de percepción predeterminada.

La prensa socialista, aunque advirtió la lentitud con que avanzaban sus propuestas, entendía que la identificación entre obreros y socialistas constituía una toma de conciencia natural. Tras la huelga de 1890,

aquellas masas se constituyen en una nueva unidad. Surge una nueva conciencia. Un sentimiento de solidaridad generó una identidad colectiva en torno a una nueva humanidad, cohesionada por lazos de fraternidad⁹.

La imagen es nítida y lineal.

Era también el espíritu que expresaban los socialistas cuando avanzaban en su organización. Así explicaban la formación de una sociedad de resistencia en San Salvador del Valle:

La cual [sociedad] se propone reunir en su seno a todos los trabajadores mineros de la provincia de Vizcaya a fin de organizarlos para oponer un dique a la ruda explotación que con nosotros se ejerce; todos con el mismo entusiasmo emprendemos el

7. «Una carta», *La lucha de clases*, 24 de marzo de 1895.

8. GUASCH, Ana María: *Arte e ideología en el País Vasco: 1940-1980*. Madrid: ed. Akal, 1985, p. 27.

9. ARBAIZA, Mercedes: «La formación emocional de la clase obrera a través de Julián Zugazagoitia», *Historia, Trabajo y Sociedad*, n.º 4, 2013, pp. 119-143.

camino de la emancipación humana y mandamos un estrecho abrazo a los obreros de todas las naciones que luchan con igual fin¹⁰.

En iniciativas de este tipo subyacía siempre la idea de que la vía socialista era la que forzosamente seguían los obreros, que compartían con todos los trabajadores del mundo similar noción universal. «A la queja inexpresada e ineficaz sucedió el espíritu de solidaridad entre obreros y de resistencia respecto del patrono», explicaba de forma algo épica Ramiro de Maeztu. «Bilbao, el Bilbao moderno, pueblo de aluvión, [...] tenía que ser la Meca de nuestro socialismo»¹¹. El principal hilo conductor de las imágenes fue la identificación prioritaria de la naciente clase obrera vizcaína con el socialismo.

1.2. *El obrero colaborador*

El estereotipo socialista fue el más importante, pero no el único. Por los mismos años —las últimas décadas del XIX— se difundieron otros, de cariz bien distinto. Fueron recibidos con retintín y algún desprecio por los socialistas, pero tuvieron su papel, pese a que apenas se han analizado o se han expuesto como una especie de desvío. Estuvo, por un lado, la imagen que identificaba a los obreros con los intereses empresariales. Nos referiremos después a las nociones interclasistas que difundía la Iglesia.

Con frecuencia la prensa, mayoritariamente liberal, difundía la idea de que la principal preocupación patronal era la situación de los obreros. Incluso constituía un arma política que desbordaba el ámbito empresarial, pero que se utilizaba en el mismo sentido. Así, en las esporádicas tensiones entre las fuerzas vivas locales de Vizcaya y el Gobierno —por ejemplo, en las negociaciones de los Concierptos Económicos— aquellas solían acudir al argumento de que, si no obtenían un trato favorable, peligraba la situación de los obreros, con las consecuencias sociales y riesgos políticos consiguientes. En alguna ocasión —cuando en 1906 los socialistas hicieron campaña contra la gestión del concierto, que consideraban injusta— llegaron a recabar adhesiones entre los obreros.

Para hacer creer que las medidas de privilegio que defienden las Diputaciones vascongadas merecen la aprobación de buen número de trabajadores, se ha hecho que los alguaciles recorrieran las casas de los mineros en la región vizcaína, con el fin de recoger firmas. En la zona fabril los alcaldes han pretendido lo mismo de los trabajadores, ejerciendo, claro está, presión¹².

10. «De S. Salvador del Valle», *La Lucha de Clases*, 10 de junio de 1899.

11. Rotuney [MAEZTU, Ramiro de]: «El socialismo bilbaíno», *Germinal*, 16 de julio de 1897.

12. «Sobre el Concierto Económico», *El Socialista*, 16 de noviembre de 1906.

Sería manipulación, pero tenía alguna funcionalidad la identificación entre los intereses político-empresariales y los de los trabajadores. La precariedad obrera y la latente conflictividad social servían como elementos de presión política.

Algunas ocasiones hubo una directa participación obrera en las protestas patronales en favor de los intereses empresariales —y según los socialistas como consecuencia de las presiones burguesas—, quizás también identificándose con estos. Abundan los ejemplos. Entre ellos, destacan las movilizaciones que llevaron a cabo los obreros de Astilleros del Nervión entre 1892 y 1895 —después perdieron intensidad, aunque prosiguieron—¹³. En el complicado proceso de suspensión de los trabajos en los astilleros, incautaciones, administración a cargo del Estado y amenaza de cierre subyacía una deficiente gestión por parte los propietarios de la sociedad, Martínez Rivas y Palme, relacionada con la ruptura que se produjo entre ambos. Las movilizaciones obreras coincidieron con los intereses del primero, a su vez gran propietario de minas, empresario siderúrgico y naviero. Pero, al margen de que Martínez Rivas la impulsase y utilizase, no resulta cuestionable que los trabajadores asumieron como propia la reivindicación.

La causa obrera no fue una reivindicación socialista, sino de apoyo gubernamental a una empresa concreta. «La suspensión de trabajos en los Astilleros del Nervión ha privado a más de 2000 laboriosos obreros del medio de sustentarse ellos y sus familias»¹⁴: la relación la establecía la prensa, pero funcionaba en la opinión pública. Siguió la solidaridad popular, así como frecuentes reuniones y mítines en los que el protagonismo correspondió a los trabajadores, que reivindicaban la solución de los problemas empresariales. La identificación obrera no era propiamente con la empresa sino con la necesidad de trabajo, en la línea que aducía el trabajador Antonio Maldonado en un mitin con 2.500 asistentes.

Llevamos trece días sin pan, y aquí no hay anarquistas, ni socialistas, sino gente ansiosa de trabajo, gente que tiene hambre y que quiere trabajar. Los capitalistas nos deben ayudar, ya que Vizcaya tiene el mejor arsenal del mundo¹⁵.

Rechazaban las vías típicamente obreristas —Perezagua fue recibido con hostilidad en las reuniones— y se organizaron comisiones de obreros que gestionaban el apoyo gubernamental. Estaba vinculada a los intereses patronales y tenía una dinámica propia —con visitas a los centros de poder madrileños y los apoyos de las instituciones vizcaínas— pero fue también una movilización de trabajadores, no socialista, en la que se apelaba a sus intereses como elemento de presión. «Han de ser atendidas las peticiones de los obreros de los astilleros [...] Si el gobierno

13. MACÍAS, Olga: «Los Astilleros del Nervión: regeneración y continuidad de la industria naval vizcaína (1887-1900)», *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 5, Donostia-San Sebastián: Untzi Museoa-Museo Naval, 2006, pp. 487-502.

14. «Los operarios de los Astilleros», *El Noticiero Bilbaíno*, 13 de mayo de 1892.

15. «El meeting de los operarios de los Astilleros», *El Noticiero Bilbaíno*, 8 de mayo de 1892.

no atiende las quejas de los obreros se celebrará una manifestación de protesta»¹⁶. Esta movilización duró pocos años y no dejó secuelas ideológicas, pero tampoco hay dudas, a juzgar por el seguimiento, de que centenares de obreros participaron con decisión en una movilización defensiva, en las que sus expectativas se definían no por solidaridades socialistas, sino por su identificación con las concretas problemáticas empresariales.

El 20 de enero de 1895 se celebró en Bilbao otro peculiar mitin obrero. Tenía el objetivo de defender el proteccionismo y fue alentado por los empresarios siderúrgicos, que organizaron trenes especiales y proporcionaron los principales oradores, entre ellos Pablo de Alzola. En la reunión hubo protestas socialistas y tensiones, pero probablemente tenían algún peso —la asistencia fue numerosa, unos 5.000, buena parte de ellos de Bilbao— los obreros que enlazaban su posición laboral con el apoyo proteccionista a las empresas. Era la línea del obrero Manuel Blanco, que para acallar a los socialistas «comenzó diciendo que él era explotado como ellos por los burgueses, pero que ante todo ahora hay que defender los intereses de todos, que se hallan amenazados»¹⁷. Los gritos de «¡Viva la industria nacional!», los letreros «¡Trabajo para el obrero español!» y las reivindicaciones centradas en los problemas concretos de las franquicias arancelarias proporcionaban un aire singular al mitin —por la colaboración decidida con los patronos—, pero buena parte de los obreros participaron en la manifestación al Gobierno Civil, pese a que Perezagua logró desgajar a un grupo, tras una intervención que debió de ser calurosa.

1.3. *El obrero cristiano*

La cuestión religiosa proporciona también imágenes obreras alternativas a las gestadas en torno a la adscripción socialista. Están relacionadas con la anterior, pero tienen un bagaje ideológico más desarrollado. La propaganda de la Iglesia insistía en las virtudes interclasistas del obrero que siguiese la doctrina cristiana. Fue combatida, pero numerosos datos indican que hubo grupos importantes que se adscribieron a este planteamiento.

El anticlericalismo fue una de las notas del primer movimiento obrero vizcaíno y seña de identidad de su principal líder, Facundo Perezagua¹⁸. Constituyó uno

16. «Meeting obrero», *El Nervión*, 26 de febrero de 1894. En el mitin se daba cuenta de las gestiones realizadas, los pueblos ribereños del Nervión asumían sus peticiones y se dirigían a las instancias provinciales para que apoyasen «la pretensión de dichas comisiones de obreros, encaminadas a recabar de los altos poderes del Estado la no paralización de los trabajos en aquella factoría naval», para evitar así la miseria, el desamparo y el conflicto que de ello se derivaría.

17. «La manifestación de ayer», *El Noticiero Bilbaíno*, 21 de enero de 1895. «Estas frases produjeron buen efecto entre los que interrumpían y de este modo consiguió Blanco hacerse oír».

18. PÉREZ, JOSÉ ANTONIO e IBÁÑEZ ORTEGA, Norberto: *Facundo Perezagua, El primer líder obrero de Bizkaia, 1860-1935*. Bilbao: Estudios Vizcaínos, 2004.

de los caballos de batalla del semanario *La Lucha de Clases*, que no desdeñaba el sarcasmo y las expresiones más radicales contra la Iglesia, bien que teñidas de un tono de reconvencción moral. «Aquí nos vamos a ahogar con agua bendita»¹⁹ fue su acogida a las ceremonias de exaltación de la Virgen de Begoña de 1900, celebrada con «la corona de la vanidad, la avaricia, la riqueza, la soberbia, el fanatismo y la imbecilidad»²⁰.

La importancia que alcanzó este anticlericalismo no se debe a meras razones ideológicas. Subyacía también una lucha doctrinal para captar apoyos de los obreros: muchos de ellos seguían las posiciones eclesiásticas o las abrazaban. Hubo trabajadores que se alinearon con la Iglesia y con el catolicismo político, los adscritos al Patronato de San Vicente de Paúl. Al margen del peso que tuvieran, la propia agresividad socialista deja claro que no eran un número marginal. *La Lucha de Clases* abordaba de esta forma la cuestión al abordar la situación de Altos Hornos de Bilbao, que, acusaba, estaba «bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen». Señalaba que en la fábrica había una iglesia, donde se celebraba misa diaria, había confesiones y predicaban a veces «padres misioneros que aconsejan a los obreros la bendita resignación cristiana para que los fabricantes sigan explotándoles a su sabor»²¹. La penetración de la Iglesia era una de las circunstancias que, al decir de los socialistas, explicaba que los obreros fabriles estuviesen alejados del «movimiento obrero revolucionario».

Suele minusvalorarse el catolicismo de los obreros por no encajar con el modelo que difundieron los socialistas y por atribuirlo al apoyo que los patronos dieron a la Iglesia, cuya doctrina serviría para la desmovilización social, en la línea del argumento recogido arriba. Fue, además, la principal competencia ideológica que tuvieron los planteamientos obreristas de aspiraciones revolucionarias. Según esta lógica, estas expresiones religiosas fueron una mera consecuencia de la política patronal, con obreros arrastrados por exigencias empresariales o manipulados contra sus convicciones. «No falta quien cree de buena fe que los males que aquejan a la clase proletaria se curan con la fórmula [...] de pan y hojas de catecismo»²². Ahora bien, las quejas socialistas por el adoctrinamiento católico de los obreros indican que este tuvo alguna eficacia y que la religión fue una de las opciones que algunos adoptaron. Que tal adscripción fuese fruto de las ventajas que ofrecía la empresa no cambia los términos de la cuestión, en lo que se refiere a las creencias obreras.

La imagen que transmitía la prensa no hablaba de desafección religiosa de los obreros, sino de participación normalizada en los ritos católicos. «Las funciones de

19. «Notas semanales», *La Lucha de Clases*, 8 de septiembre de 1900.

20. «Idolatría», *La Lucha de Clases*, 15 de septiembre de 1900.

21. «Ecos de las minas», *La Lucha de Clases*, 2 de enero de 1897. «Donde el jesuitismo echa su planta, la moralidad desaparece, las aspiraciones generosas mueren y se desarrollan el favoritismo y la ignorancia, y el servilismo y todas las malas pasiones toman incremento».

22. «Los enemigos del socialismo», *La Lucha de Clases*, 6 de mayo de 1899.

Semana Santa se han celebrado en esta anteiglesia [Baracaldo] con extraordinaria asistencia de fieles». Había procesiones y sermones a cargo de un «distinguido orador sagrado [...] muy reconocido de este populoso vecindario, por la multitud de fieles que asistieron y apiñados escuchaban la palabra divina»²³. No es posible evaluar la asistencia a los actos religiosos, pero resulta obvia la normalidad que transmite al respecto el área fabril, sin diferencias sustanciales respecto a Bilbao y otras localidades del entorno.

Hubo movilizaciones católicas en las que participaron grupos a los que se atribuyó un perfil obrero, que provenían de la margen izquierda del Nervión, la zona minera y fabril. Los sectores eclesiásticos los trataron con entusiasmo y los socialistas con inquina mal contenida. Cuando en 1900 se celebró la coronación de la Virgen de Begoña, el arciprestazgo de Portugalete, que incluía la comarca obrera²⁴, aportó 5.000 personas, una de las procesiones más numerosas. Los periódicos recogieron la solemnidad de su paso por Bilbao y de la llegada a Begoña cantando la Salve. Al referirse a peregrinaciones rurales la crónica eclesiástica hablaba de la fe rotunda pero algo ingenua de los fieles. En esta ocasión la perspectiva era diferente. Ensalzaba el aire interclasista de la procesión, «aquellas interminables filas en que aparecían mezclados los hombres de posición y de carrera con los trabajadores de las minas y de las fábricas, las elegantes señoras con las humildes jornaleras». «Muchísimos de ellos dejaban el pico o la herramienta para saludar a su Madre celestial». Desde su punto de vista, en las comarcas obreras lo significativo era tanto la fe «humilde» de los obreros, que la compatibilizan con los duros trabajos, como la armonía social que de ella se derivaba.

En 1903 la celebración del Patronato de la Virgen de Begoña provocó un sonado conflicto de orden público, bien conocido. Los grupos anticlericales, entre los que estaban los republicanos y los socialistas, se enfrentaron al catolicismo radical. En la imagen final, se impuso la idea de la contestación obrera al clericalismo, pero también hubo una gran participación de trabajadores en las peregrinaciones, pese a la expresa contestación socialista y los incidentes de los días anteriores, en un ambiente extremadamente tenso. Según la prensa, ese día acudieron con el margen izquierda 10.000 peregrinos. Se repitió la imagen de concentración interclasista. Venían los alcaldes, el representante del Patronato de obreros de Sestao, las congregaciones de las Hijas de María del Apostolado de la Oración, «y con todas éstas, señoras de todas las clases sociales, humildes hijas del pueblo, ricos propietarios, honrados obreros, etc. etc.»²⁵.

23. «Carta de Baracaldo», *El Noticiero Bilbaíno*, 26 de abril de 1889.

24. «Coronación Canónica de Nuestra Señora de Begoña», *El Noticiero Bilbaíno*, 3 de septiembre de 1900.

25. OLEA, Enrique de: *Nuestra Señora de Begoña, Patrona de Vizcaya. Crónica de los hechos más notables acaecidos con motivo de este nombramiento*. Bilbao, 1904, pp. 79 y 80. «Vimos la representación de todo lo sano de Vizcaya, confundida en la más hermosa de las democracias, en esa que, sin diferencias de rango ni de posiciones, nos hace considerar a todos nuestros semejantes como hermanos, unidos en el santo amor de Dios».

1.4. *Estereotipos contradictorios*

Obreros socialistas, obreros que se movilizaban junto a la patronal, obreros que lo hacían en pos de los llamamientos eclesiásticos: al final se impuso la identificación básica de los obreros con el socialismo, pero en las primeras etapas de la industrialización no resulta posible trazar un nítido panorama de las ideologías que asumían los trabajadores. Los tres sectores aseguraron que representaban los auténticos intereses de los obreros y que estos les seguían con convencimiento. ¿Qué pensaban estos, en realidad, cuáles eran sus imágenes sociales? No resulta posible atisbarlo a partir de los manifiestos políticos o religiosos.

Tampoco se deducen los planteamientos obreros a partir de las crónicas periodísticas que no se ajustan a ninguno de los tres estereotipos expuestos. A veces, podía la imagen amable que identificaba el trabajo obrero con el progreso. En la visión de Ricardo Becerro de Bengoa la característica fundamental de las minas y las fábricas era la actividad continua. De ella formaban parte los trabajadores,

pululan en las laderas los mineros, arrancando el tesoro que forman las rocas [...] Aquí han surgido, en la ladera, poblaciones nuevas, y en ellas vive gente procedente de toda España, y hay colonias de ingleses, de franceses y belgas²⁶.

Era la imagen de un viajero ocasional, pero la primera impresión no hablaba de las duras condiciones de vida, sino de un desarrollo que consideraba afortunado.

En las páginas de sucesos o en las de los juicios que se transcribían casi diariamente vidas airadas de obreros, la prensa recogía ocasionalmente miserias individuales o familiares, presentados como azares ocasionales o fortuitos, en general no como una tara colectiva. También, después de 1890, describía temores de la ciudad, a la huelga general o a las violencias que podían llegar de las minas o de las fábricas, el peculiar miedo a la dinamita, que se asociaba a la manifestación obrera y al anarquismo.

A veces prendía el temor a la dinamita, en un ambiente gestado por los atentados en los que se empleó. Desde el punto de vista de los estereotipos tienen interés estas reacciones. Unos meses después del atentado del Liceo —algo parecido sucedió tras el de Mateo Corral en la boda de Alfonso XIII— se encontró en Bilbao un objeto que se entendió que era una bomba preparada para usar inmediatamente. Los rumores se extendieron inmediatamente, acrecentados por la prensa, que les daba pábulo. «Nosotros sabemos por algunas indagaciones que cerca del punto donde se han encontrado las bombas se han celebrado reuniones de afiliados a las ideas anarquistas»²⁷. La noticia no tuvo continuidad, pues el hallazgo no era bomba y, por lo que sabemos, tampoco las reuniones de anarquistas habían existido. Seguramente, no aparecieron por Bilbao los caracterizados anarquistas que iban

26. BECERRO DE BENGEO, Ricardo: «Bilbao en América», *El Noticiero Bilbaíno*, 3 de marzo de 1890.

27. «La dinamita en Bilbao. Hallazgo de dos bombas», *El Nervión*, 9 de abril de 1894.

a lanzar atentados con dinamita, pues ninguno hubo en la época. Sin embargo, el estereotipo tenía fuerza y servía para construir la imagen social del anarquista, en el caso de Vizcaya con poca base.

No es una circunstancia excepcional. En realidad, en las expresiones públicas los obreros hablaron a través de intermediarios, los que solían considerarse sus genuinos representantes, o en función de los imaginarios urbanos sobre qué sucedía en las barriadas obreras o en las asociaciones de trabajadores. Pero los estereotipos no nos acercan a la mentalidad obrera, sólo la interpretan.

2. PLANTEAMIENTOS SOCIALES ENTRE LOS JORNALEROS

Abordaremos aquí la mentalidad social de los obreros a partir de una fuente que, entendemos, se acerca mejor a este grupo social. El hallazgo de varias docenas de cartas privadas escritas por jornaleros que vivían en la comarca minero-industrial de Vizcaya durante la última década del siglo XIX permite analizar desde otra perspectiva sus preocupaciones y sus valores sociales. Escritas a sus familias o amigos, comunicaban noticias y transmitían preocupaciones concretas. No definían ideologías ni contenían un discurso estructurado, pero sus apreciaciones revelan el universo mental en que sus autores se desenvolvían, cuáles eran sus imaginarios sociales y qué peso tenían conceptos como el patriotismo, la religiosidad o la solidaridad social y cómo los entendían.

2.1. *Una fuente primaria*

Estas cartas las escribieron vecinos de la localidad vizcaína de Baracaldo que estaban en Cuba, Puerto Rico o Filipinas durante las guerras coloniales, entre 1895 y 1898. Se han localizado en el Archivo Municipal de Baracaldo. Su origen fue también fortuito, distinto a las previsiones burocráticas que suelen formar estos expedientes. El punto de partida fue la decisión del Ayuntamiento de Baracaldo de otorgar una ayuda —dos reales diarios, una cantidad no despreciable— a las familias que tuviesen un hijo en la guerra. La forma de demostrar esta circunstancia y tener derecho al cobro fue la entrega de una carta remitida por el soldado. Tales misivas no fueron devueltas ni destruidas. Quedaron agrupadas y, con el tiempo, depositadas en el Archivo, donde las hemos localizado más de un siglo después.

No todos los baracaldeses que estaban en la guerra pidieron esta subvención, pero lo hicieron en un número significativo, capaz de proporcionar una imagen certera de las preocupaciones de este colectivo, jóvenes de Baracaldo en la época del despegue industrial de esta localidad. El fondo presenta lagunas, por el deterioro de cartas, grafías difícilmente comprensibles o alguna vez desaparición del nombre del remitente, pero hemos podido localizar a 74 autores distintos. Constituye una muestra inusualmente alta si tenemos en cuenta que proceden de obreros de los que por lo común no suele encontrarse ninguna noticia individual

—excepción hecha de las anotaciones de los registros sacramentales o del padrón, si se conservan—, menos aún un escrito personal. Se han podido reconstruir 130 documentos, algunos de ellos cartas extensas.

Buena parte de estas misivas se refieren a la guerra y han permitido reconstruirla desde la perspectiva de los soldados, que proporcionan una visión de primera mano y de marcado interés²⁸. Pero en las cartas ocupan un lugar destacado, a veces central, las relaciones con su familia, pues en general están concebidas al modo de una conversación con sus padres o hermanos y ocasionalmente con algún amigo. Surge, así, un amplio ámbito de intereses, objeto de noticias que se intercambian o de reflexiones que desvelan las mentalidades de los autores de las cartas y de sus familias, con las que obviamente las compartían. Se refieren a la vida cotidiana que había quedado atrás y a la que confiaban volver, al viaje a las colonias, a las relaciones con la población local o a los avatares bélicos. En todas las facetas, los valores que transmiten constituyen una fuente valiosísima para aproximarnos a las imágenes sociales que tenían los obreros en las primeras etapas de la industrialización.

A partir de los padrones, registros sacramentales y noticias de las cartas hemos podido identificar circunstancias personales y familiares de la mayoría de los soldados, en concreto de 67. Recogeremos aquí los datos de su perfil que tienen interés para interpretar sus visiones sociales. Con la excepción del que figura como «barbero», los soldados eran jornaleros o labradores —en la última década del XIX en Baracaldo la agricultura tenía aún importancia—, con neta primacía de los primeros. Estaban empleados en las minas de las inmediaciones o en los talleres de la localidad, circunstancias que se dan también en algunos hijos de familias de campesinos, que habrían dejado la agricultura para incorporarse a los empleos de la naciente economía industrial. Por lo que puede colegirse de los datos que proporcionan y confirman noticias periodísticas e informes sociales, lo habitual fue que se incorporaran al mundo del trabajo cuando tenían alrededor de los 15 años.

Presentan una obvia homogeneidad generacional, la de hombres en edad militar, a la que se llegaba con los 19 años: en general marcharon a la guerra entre los 19 y 22 años, en su mayor parte en virtud del sorteo de quintos. Debe advertirse, sin embargo, que muchos —en torno a una docena, quizás más— fueron en calidad de voluntarios o de sustitutos que hacían la guerra por otro, a cambio de una cantidad. Varios marcharon a la guerra con 18 años —antes de la edad militar—, por tanto, como voluntarios, y el cotejo de sus estructuras familiares —a veces era el varón mayor de edad, en familias con varios hermanos, en ocasiones sólo hermanas— sugiere que lo hicieron dentro de una estrategia en la que, en una coyuntura de crisis industrial y minera —lo fue 1895 y 1896—, buscaban recursos

28. MONTERO, Manuel: *Las guerras de Cuba y Filipinas contadas por soldados del pueblo. Cartas de Baracaldo*. Bilbao: Ediciones Beta III Milenio/Ayuntamiento de Baracaldo, 2015. El libro recoge la transcripción de las cartas, además del análisis de las guerras coloniales desde su perspectiva.

para el sostenimiento de la familia, por la vía de los sueldos que cobraban los voluntarios o el cobro para la sustitución en el servicio militar.

Los soldados baracaldeses que estuvieron en las guerras coloniales habían nacido entre 1872 y 1878, siendo la mayoría de 1876 y 1877. En su trayectoria vital destaca que su infancia y adolescencia coincidió con el despegue minero de la margen izquierda del Nervión, pues la extracción sistemática de hierro se inició en 1877-78, tras la guerra carlista, así como con las instalaciones de las grandes fábricas: las siderurgias modernas se constituyeron en 1878 —fábrica San Francisco— y 1882 —Altos Hornos de Bilbao y Sociedad Vizcaya—, así como las diversas factorías medianas y los talleres que surgieron sobre todo desde 1890. Eran hombres jóvenes, pero habían conocido los intensos cambios producidos por la industrialización, si bien aún con precarios efectos en la modernización social y de las costumbres.

El grupo más importante, el 38%, había nacido en Baracaldo. La mayor parte de estos eran hijos de migrantes, pero también había algunos cuya familia estaba asentada en el municipio desde al menos el siglo XVIII. La mayoría de los soldados eran inmigrantes y habían llegado con sus padres en los años ochenta, por lo que buena parte de su infancia, así como su adolescencia, la habían pasado en Baracaldo. Casi todos venían de localidades rurales situadas a un máximo de 120 km, de Vizcaya, Guipúzcoa, Álava, Burgos, La Rioja o Cantabria. Un pequeño grupo procedía de localidades asturianas cuya economía tenía alguna relación y similitud con la vizcaína. Otros cinco habían nacido en lugares dispersos de la geografía española (Madrid, León, Almería, Soria y Valladolid), anticipando futuras corrientes migratorias.

Pese a sus distintas procedencias, las cartas que escribieron los soldados baracaldeses presentan una notable homogeneidad desde el punto de vista de los valores que priorizaban y de la mentalidad social que transmiten. Las discrepancias, cuando las hay, dependen más bien de la intensidad de sus planteamientos, no de puntos de vista enfrentados. Eso sí, presentan diferencias derivadas de sus distintas capacidades expresivas y experiencias bélicas, pues hubo quienes combatieron durante meses y los que permanecieron en destacamentos sin contactos con el enemigo. Por lo demás, estos jornaleros procedían de medios sociales con una economía muy ajustada y buena parte (quizás un tercio) debía echar mano de un escribiente para escribir a sus familias que, por lo que deducimos, tenían que recurrir al mismo procedimiento con mayor frecuencia.

Las duras condiciones vitales que reflejan las cartas, la precariedad laboral de estos jornaleros y sus familias, así como la notable coincidencia que presentan en cuanto a sus prioridades y valores sugieren que este grupo de 74 soldados era cultural e ideológicamente representativo de los obreros de la primera etapa de la industrialización vizcaína. La carencia de otras fuentes similares impide confirmar este extremo, pero en todo caso esta muestra nos aproxima directamente a las vivencias y mentalidades obreras del momento. Lo hace de forma más fiable que las interpretaciones de los movimientos que quisieron representarlos. Estos solían

desarrollar sus propios imaginarios, basados en concepciones lineales de los obreros, que quedaban determinadas ideológicamente, fuese el obrero consciente de los socialistas, el obrero cristiano que promovía la Iglesia o el trabajador colaborador, identificado con la empresa conforme a los criterios patronales.

Las cartas no solían recurrir a abstracciones, del tipo «clase social», «solidaridad», «patria», «religión», sino que, con alguna excepción poco relevante y nada representativa —en las que se percibe el aire literario de algún escribiente con pretensiones narrativas—²⁹, se refieren a situaciones concretas, sea si el padre tiene trabajo o si la hermana se ha casado, sea el encuentro con un amigo, el precio del ron o la imagen de los insurrectos que huyen al verlos. Reflejan un atractivo universo mental, formado por situaciones casi tangibles. A partir de tales datos, el análisis permite inferir cuáles fueron sus prioridades y valores. Nos referiremos en primer lugar a las actitudes que mostraron ante cuestiones claves, tales como la propia guerra, la patria, la religión, el ejército y los insurrectos a los que se enfrentaban. Podremos abordar después cuál era su imagen de la sociedad, reconstruida en función de sus referencias y prioridades³⁰.

2.2. *Las actitudes sociales y políticas*

¿Qué pensaban los soldados de la guerra en la que combatían? Es una cuestión crucial para entender su visión del mundo, puesto que en aquel momento era su prioridad vital, la aceptasen de buen grado o no. Al margen de cuáles fuesen sus apetencias, estos jornaleros habían sido movilizados y enviados a las colonias a luchar en difíciles condiciones, lejos de su vida cotidiana. Al respecto, el estereotipo más extendido sobre las guerras de Cuba y Filipinas entiende que los grupos populares repudiaban la guerra. Influyen en esta imagen, además de la proyección hacia el pasado de actitudes recientes, el interés historiográfico por los prófugos que eludieron el servicio militar, el rechazo socialista a la guerra —que inicialmente interpretaron como una lucha entre burguesías— y los movimientos que hubo contra ésta, pese a que por lo común no se dirigieron propiamente contra

29. Un buen ejemplo lo constituye la carta que envió Francisco Gutiérrez desde San Antonio, Cuba, el 14 de enero de 1896: «Lo que siento es que no sabemos si volveremos a ver a nuestra querida Vizcaya, donde están todos nuestros amores y a donde se dirigen todas nuestras aspiraciones. Como el pájaro que se halla atado con un lazo, suspira por su libertad, así parece que suspiramos nosotros por nuestra querida patria», una retórica inusual en las cartas, debida sin duda a un escribiente. Tenemos otras cartas de este soldado y revelan que tenía serias dificultades expresivas. *Ibidem*, p. 322.

30. Para una visión global de las guerras en las que se inscriben las cartas de los soldados, así como sus implicaciones políticas, cabe citar: ELORZA, ANTONIO y HERNÁNDEZ SANDOICA, ELENA: *La Guerra de Cuba (1895-1898)*. Madrid: Alianza Editorial, 1998; FUSI, JUAN PABLO y NIÑO, ANTONIO (eds.): *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997; MORALES MOYA, ANTONIO (coord.): *Los 98 ibéricos y el mar*. Madrid: Sociedad Estatal Lisboa, 1998, 5 vols.; PAN-MONTOJO, LUIS (coord.): *Más se perdió en Cuba, España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid: Alianza Editorial 1998; TONE, JOHN LAWRENCE: *Guerra y genocidio en Cuba, 1895-1898*. Madrid: ed. Turner, 2008.

la guerra sino que se centraron en las desigualdades que implicaban los sistemas de redención militar.

La guerra era el acontecimiento que había trastocado sus vidas, por lo que su posición al respecto está presente en las cartas de los soldados, si bien con frecuencia no la explicitan, por lo que debe inferirse a partir de expresiones indirectas.

En nuestras cartas algunos soldados mostraban un sorprendente espíritu militar. «Estamos dispuestos a defender a España hasta la muerte, porque somos hijos de ella y hay que defenderla», les decía a sus padres el voluntario Félix Mantrana, que estaba en Cuba cuando estalló la rebelión. El patriotismo solía asociarse con la idea de la superioridad militar, y a veces con la valentía. «Uno de nosotros vale por mil de estos traidores y canallas mambises», escribía Martín Cariaga desde Filipinas —el término mambises, de origen caribeño, se generalizó para todos los insurrectos, también los tagalos—. «El soldado español siempre [es] valiente», hacía constar Cirilo Aldasoro tras una escaramuza que tuvo lugar en Holguín, Cuba. «Se acabaron los pacíficos, se jodieron los mambises que quedaron en el campo», «a todos los que pillamos fuera del pueblo le cortamos el pasapán», contaba Clemente Campo, un soldado particularmente aguerrido que habría de morir en Cuba, cuando contrajo el vómito. No son los únicos con expresiones de este tenor. Se infiere que, con mayor o menor entusiasmo, el patriotismo estaba entre las nociones básicas de estos jornaleros.

Sólo una carta presenta expresiones antagónicas, que podrían entenderse como contrarias a la guerra. Fidel Yburo narra un conato de motín que tuvo lugar en el cuartel de Santander, cuando dijeron que no querían ir a Cuba soldados de las provincias vascas «que estaban con licencia»³¹ y que habían sido movilizados. La autoridad militar sofocó el posicionamiento colectivo y el autor de la carta, que contó orgulloso esta «revolución que tuvimos en Santander», unas semanas después asumió la disciplina militar con naturalidad e incluso satisfacción. Las reticencias, expresadas en grupo se diluyeron al llegar al escenario bélico. Según se deduce del incidente, en determinadas condiciones algunos se resistieron a marchar, pero no muestra una resistencia continuada.

Entre el entusiasmo militar y el amago de amotinamiento había una amplia gama de actitudes posibles, en la que se movió la mayoría de los soldados, alejados de los extremos, pero sin mostrar reticencias sustanciales. En conjunto, mostraron una suerte de aceptación resignada de la guerra, sin patriotismos exacerbados pero sin cuestionarla, al parecer asumiendo la obligación de prestar el servicio militar. A veces calificaron de «mala suerte» que les tocase marchar a Cuba o Filipinas³² y no lo consideraron un destino envidiable, pues aconsejaban a amigos y hermanos que intentaran evitarlo. Sin embargo, no escribieron quejas sobre el deber militar en sí mismo. Las protestas, que eran abundantes, se refirieron sobre todo a los precios a

31. «Tumulto en un cuartel», *El Nervión*, 23 de octubre de 1897.

32. Sin que faltaran quienes no supieran definirlo, pues «me hallo sirviendo en las Islas Filipinas por mi mala suerte o buena porque no sabemos lo del porvenir», como lo explicó José Aguirremota.

los que les cobraban comida, bebida o tabaco fuera del cuartel. Contaban penurias durante las operaciones, pero se referían a ellas como circunstancias propias del servicio, sin quejas por la necesidad de realizarlo. Creyeron siempre en la victoria, confiaron en los mandos y consideraron cobardes a los insurrectos: asumieron la lógica militar y, resignadamente, esperaron el momento en que les tocara volver a casa. Se quejaron también porque la guerra se prolongaba.

¿Sostuvieron nociones patrióticas? Como hemos podido apreciar, hubo algunos que hablaron de la obligación de defender a España. «¡Ánimo y viva España!» era la forma en que Clemente Campos se despedía de su hermano, y muchos recogen con satisfacción expresiones patrióticas al narrar combates o los de calurosos recibimientos públicos al llegar a las colonias. «Hasta los chiquillos gritan viva España», contaba con orgullo el artillero Domingo Urrecha, que estaba en La Habana.

En la mentalidad bélica, desarrollaban una división no muy compleja entre el bien y el mal. En un lado estaban los españoles y al otro los insurrectos, los primeros cargados de valores positivos y los segundos una y otra vez tildados de «muy cobardes, en cuanto ven a un español echan a correr». El esquema de los soldados era simple, pero no muy distinto al que desarrollaba la prensa.

Efectivamente, la prensa española mostró habitualmente la seguridad en la victoria española, incluso en las críticas circunstancias del estallido de la guerra con Estados Unidos.

Será nuestro el triunfo —se escribía en Bilbao—. Que ellos tienen más buques que nosotros ¿y qué? Que ellos tienen más dinero que nosotros ¿y qué? Ni con buques ni con dinero se adquiere el valor, y éste les ha de hacer mucha falta a los yankees en el lío en que se han metido³³.

Todo parecía depender de la valentía del soldado español, en estos esquemas siempre patriota, y del miedo del enemigo. En la prensa «el patriotismo indeseado lo cubre todo»³⁴. Desinformación, bravuconería, patrioterismo, prejuicios: el despliegue belicista abarcó en la prensa todo el elenco imaginable, atribuyendo a los soldados el radicalismo nacionalista que desplegaron³⁵.

Sin embargo, en las cartas de los soldados fueron relativamente pocas las expresiones patrióticas, lo que no quiere decir que no compartiesen en algún grado la mentalidad nacionalista. No todos se dirigían a su hermano diciéndoles «ánimo y viva España», pero la naturalidad con la que surgen expresiones de este tipo en las cartas sugiere que eran valores no cuestionados ni por ellos ni por sus familias. Nada indica que fuese un concepto muy elaborado. Queda asociado a ideas elementales (la valentía, la victoria, el deber, la dicotomía nosotros/ellos). Su base

33. «Proyectos... de miedo», *El Nervión*, 26 de abril de 1898.

34. BLANCO RODRÍGUEZ, Juan Andrés: «El Norte de Castilla ante la guerra de Cuba (1895-1898)», *Investigaciones Históricas: Época Moderna y Contemporánea*, n.º 16, pp. 177-208.

35. Para un análisis de la prensa del periodo, *vid.* SEOANE, María Cruz y SAIZ, María Dolores: *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1893-1936*. Madrid: Alianza Editorial, 1996.

argumental consistió verosímilmente en la repetición de evocaciones patrióticas y, desde luego, no proporcionó las razones por las que combatían, más allá de la idea del cumplimiento del deber y de las ocasionales referencias genéricas a la patria, concretadas en los vivas a España. El baracaldés Chacarte envió a su familia la letra de una canción —se había estrenado en el carnaval de Cádiz el año anterior— y repetía unos lugares comunes que podríamos considerar piezas de este nacionalismo popular: «Al grito de viva España», «vamos a vengar la preciosa honra de nuestra España», «cuántos morirán en aquella tierra infame»³⁶.

Era un patriotismo primario, pero indica que entre los jornaleros que hacían la guerra no habían calado las nociones socialistas que hablaban del internacionalismo e identificaban la nación con los intereses burgueses. Ninguna expresión evoca el esquema antibelicista, que hablaba de que la patria movilizaba a los obreros y los trataba como carne de cañón, al tiempo que a los adinerados les libraba de la obligación militar.

Las nociones religiosas impregnaban las expresiones públicas de la época. Iglesia y medios de comunicación transmitían la imagen de que todos los grupos sociales las compartían, como creencias básicas, al margen de que las ideologías las enmascarasen o de que estuviesen deficientemente elaboradas. Este imaginario se aplicaba especialmente a las personas de extracción popular, a las que solía atribuirse una especie de identificación natural con la simbología religiosa. Pues bien: un análisis de las decenas de textos a nuestra disposición permite asegurar que no era así, al menos entre los jornaleros de Baracaldo que estuvieron en las guerras de Cuba y Filipinas. «Yo con mucha salud, a Dios gracias», «yo bueno a Dios gracias», «gracias a Dios no tengo novedad»: la invocación religiosa no faltaba en ninguna carta, pero quedaba reducida a los saludos rutinarios y, pocas veces, a expresiones del tipo «pronto los veré si Dios quiere», «algún día volveré si Dios quiere», también frases hechas. Así mismo, encontramos evocaciones de este tipo cuando al soldado le llega la noticia de que ha muerto una hermana —«Paciencia, que Dios [la] haya llevado a la gloria»— o el padre, «que en gloria esté».

Las fórmulas estereotipadas reflejaban el habitual sentimiento de pertenencia a la Iglesia y, sobre todo, conocimiento del lenguaje correcto, pero no la religiosidad omnipresente en la sociedad española que sugiere el estereotipo. No hay ninguna otra alusión a advocaciones religiosas, con la excepción irónica del relato que realizó Juan González, cuando contaba que habían ocupado una iglesia de Alquízar: «Ahora nos vamos a hacer muy santos porque estamos entre ellos y durmiendo mismo con ellos, porque los tenemos en el suelo por si acaso se caen y nos rompen la cabeza». Tampoco hay evocaciones religiosas en los momentos

36. Por entonces se cantó exhaustivamente la *Marcha de Cádiz*, cuya letra transmite este peculiar espíritu patriótico. Dice así: «¡Que Viva España! / que vivan los valientes / que vienen a ayudar / al pueblo gaditano / que quiere pelear. / Y todos con bravura / esclavos del honor / juremos no rendimos / jamás al invasor». Honor, valentía, España: un patriotismo simple tenía alguna capacidad de penetración popular.

de apuros, aunque sí patrióticas o recuerdos de la familia. «Tuvimos mucho fuego y casualidad era el santo de Crescencia, que ya me acordaré toda mi vida», así resumió José Eguiluz uno de los apuros que pasó. Crescencia era su hermana y seguramente el soldado, que había pasado hambre y sed en las operaciones, murió en el siguiente encuentro, unas semanas después.

La religión no tenía especial relevancia para los soldados de Baracaldo, en esto no se ajustaban a las imágenes que solían transmitirse. Vale de ejemplo el contraste de sus misivas con una carta que publicó un periódico local, que atribuía a soldados bilbaínos. «Hemos estado 22 días de operaciones y hemos pasado muchas fatigas. Algunos de Bilbao nos ofrecimos a la Virgen de Begoña para que nos sacara con bien y no tuvimos novedad»³⁷: era sin duda apócrifa, al menos en este punto, entre otras razones porque no solía haber varios vecinos del mismo pueblo en la misma unidad, menos aún en los primeros meses de la guerra. Sin duda, la mención a la Virgen de Begoña era un añadido que realizó el periódico, al que le parecería importante la imagen de la fe religiosa y esa especie de espontaneidad popular en torno a la advocación local. En las cartas de Baracaldo no hay ni de refilón una alusión de este tipo.

Aceptación resignada de la guerra, patriotismo elemental, religiosidad rutinaria... En el perfil de estos jornaleros cuentan también sus actitudes y percepciones sociales. Al respecto, las cartas son muy parcas, pero no dejan lugar a dudas sobre su sentido. Se desenvolvían en un mundo concreto, apegados a ámbitos sociales inmediatos, formados por la familia y a veces, pero a gran distancia anímica, los amigos y conocidos del pueblo. En este esquema no figuraban solidaridades generales o interés respecto a círculos más alejados. Otros entornos quedan estrictamente separados del mundo social por el que muestran alguna preocupación.

Entre estos ámbitos ajenos estaban incluidos los soldados junto a los que hacían la guerra, salvo si eran vecinos. Sólo en estos casos solían usar la primera persona del plural, el «nosotros». Las escasas referencias a los demás soldados, con los que compartían guerra, cuartel y vivencias cotidianas, transmiten una sorprendente sensación de alejamiento. El contraste resulta muy acusado. En las contadas ocasiones en que coincidían con algún vecino las referencias son detalladas, incluyendo nombre, circunstancias y relación entablada. Por contra, en los 130 documentos consultados no aparecen otros compañeros. Sólo se localiza una excepción, pero era para asegurar que «todos son valencianos y catalanes», por lo que no tenía ningún amigo, excepto «un montañés de la provincia de Reinosa», una localidad identificable por la familia de Benjamín Zusaeta, que era de Bilbao.

Por lo que se deduce, la sociedad imaginaria en la que se sentían integrados estaba compuesta por la familia, los vecinos y quienes tuviesen algún tipo de

37. «Carta de Cuba», *El Noticiero Bilbaíno*, 17 de noviembre de 1895. Tiene interés también el añadido del periodista —resulta inverosímil esta apreciación en los soldados que combatían en Cuba y que no tenían capacidad de establecer tal relación— según el cual por entonces se apuntaban muchos voluntarios, «lo cual no es de extrañar, porque esto está malo para ganarse la vida».

relación con estos ámbitos. Al encontrarse con otras unidades solían buscar conocidos y vecinos. Cuando se producía algún encuentro, las cartas lo contaban, no siempre con extensión pero sí con satisfacción. «Me he encontrado con Pío el Jefe que estaba en el Regato, [...] se ha alegrado mucho al verme y enseguida fuimos por no perder la costumbre a tomar unas copas de ron»³⁸. «Me he encontrado con Sinforiano, comimos a boca en un punto que paramos». Son varios las cartas con relatos de este tipo.

La efusión con la que se refieren a sus conocidos contrasta con la escasez de referencias a los compañeros junto a los que combatían. Transmiten la sensación de que, en su sentir, no formaban un colectivo con los demás soldados. Nunca se desprenden relación de amistad o de otro tipo que mereciese ser contada a sus familias, con la excepción de cuando mencionan a sus mandos jerárquicos. En estas ocasiones suelen ser explícitos. Estas alusiones tienen interés para entender sus concepciones sociales.

En efecto: son varias las referencias a sus contactos con las autoridades militares y representan siempre la misma actitud, que seguramente fue la habitual: los soldados mostraban adhesión e identificación con sus oficiales y mandos. Al mencionarlos reflejan respeto y admiración³⁹ referidos a cualquier graduación, pero especialmente intensos con los generales. Confiaban en sus superiores. Así concluye Esteban Llamosas el relato de una operación particularmente difícil: «Iba al mando el Coronel don Manuel [ilegible], por lo cual hemos quedado muy contentos todo el Batallón con él, porque nos quería mucho y nos daba muchos ánimos en aquellas horas de tristeza y de confusión»: las expresiones de este tipo son frecuentes.

No hay una asociación de ideas que explique una razón sólida para tal identificación con la autoridad. Los soldados no se refieren a su eficacia, preparación o dotes militares, aunque sí a su valor y trato amable. Por lo que se colige, la misma subordinación jerárquica gestaba esta especie de relación afectiva. Se aprecia especialmente cuando los soldados narran alguna acción militar. Solían atribuir el éxito al mando, ensalzando su valentía, patriotismo y relación paternal con los soldados. «Llevábamos un capitán muy celoso por la patria», los soldados les seguían como «sus hijos», iban tras «las huellas de su valiente padre». Los méritos de la victoria los atribuían al valor del mando, al que transfieren los propios.

Los soldados entablaron una relación filial con sus oficiales y mandos. Lo reflejaban diversas anotaciones: la satisfacción si el capitán les prometía rancho extraordinario, las consultas al oficial sobre sus amigos o parientes, las peticiones de certificados para que el hermano se libre de la guerra, realizadas con cierta

38. MONTERO, Manuel: *Las guerras...*, p. 384. Carta de Gregorio Castaños.

39. La única discrepancia fueron las críticas al general Martínez Campos cuando fue cesado, al que varios soldados responsabilizaron de que la gravedad de la situación, que se debería a su política humanitaria. En realidad, se hacían eco de la opinión de parte de la oficialidad, que pedía mano dura, línea en la que parecían coincidir los soldados que escribieron sobre el asunto.

informalidad... A los oficiales acudían también para informarse del desarrollo de la guerra.

Las pocas veces en que narran algún contacto con algún general, muy indirecto —en una revista o en un desfile—, lo cuentan con reverencia. Si un general alababa su unidad, constituía todo un acontecimiento que cambiaba la visión de la guerra y que era inmediatamente relatado a la familia. «No [hay] batallón como este, gente más sana y que vista mejor y que den mejor de comer», resumía Fidel Yburo, que unos meses antes se había amotinado y que venía quejándose de la comida. La nueva perspectiva se debía fundamentalmente a los elogios que les dirigió el general Blanco, que en su relato no pasó de una alabanza no muy extensa: «Según estábamos todos formados iba él mirándonos uno por uno y dijo en estas mismas palabras, reconcho, qué buena pinta hay aquí». Fue suficiente para cambiar su visión de la guerra.

Los jornaleros que servían como soldados eran disciplinados. Protestaron contra deficiencias organizativas, pero no contra el servicio de guerra, por duro que fuese. «Todos los días nos hacen andar de 8 a 10 leguas», escribe un soldado, «pasamos mucha sed en las marchas», pero lo señala como gajes del oficio, sin reticencias al cumplimiento del deber. «Estamos muy alegres», su evaluación final no sugiere recelos a ese régimen de vida. Relatos de este tipo son abundantes. «Esto es pasar trabajos, unos días cantando y otros tristes, así que hay que pasar la guerra de Cuba»⁴⁰.

Los soldados asumieron con normalidad las labores más duras de la guerra. Constatan el cansancio o el agotamiento, pero no los cuestionan. Recibieron un tratamiento de este tipo situaciones muy diversas: las largas operaciones por la manigua, algunas varios días tras el enemigo que se desvanecía; la marcha militar al sur de la provincia de Cavite o por la Pampanga; los enfrentamientos armados, a veces varias horas bajo el fuego enemigo; la escasez de avituallamientos cuando estaban de operaciones. «Hemos andado cuatro días por el campo sin encontrar agua para beber. Comer, alguna gallina que pescábamos [...] con el hambre que teníamos no aguardaba que se asara», contaba Anastasio Portillo, que estuvo en Filipinas. Por lo demás se mostraba satisfecho, aunque le molestaba llevar siempre el armamento encima, «y para más joder ciento cincuenta cartuchos y que no podemos quitarlos de la cintura ni para dormir». Pero quejarse por algunas molestias no era abominar del servicio bélico. Este fue duro, pero los vecinos de Baracaldo mostraron una incuestionable disciplina militar, en la que no se advierten fisuras. Quizás contribuía a esta actitud el régimen laboral al que estaban acostumbrados, que era también riguroso y exigía disciplina.

El perfil que presentan los soldados es nítido: aceptan la guerra sin grandes entusiasmos, tienen un patriotismo primario, no muestran creencias religiosas que jueguen otro papel que el rutinario ni solidaridades sociales que desborden los

40. MONTERO, Manuel: *Las guerras...*, p. 492. Carta de Feliciano del Río, Placetas a 27 de junio de 1897.

ámbitos inmediatos. Por contra, hacen gala de una gran disciplina en las tareas relacionadas con la guerra —aunque no faltan comportamientos estridentes fuera del servicio y quejas por la carestía o escasez cuando no están de operaciones— y de la tendencia a identificarse con el mando, con el que tienden a entablar una relación paterno-filial. Quizás estas fuesen sus actitudes habituales, las que mantenían en su entorno de Baracaldo, que, con las modificaciones pertinentes, habrían trasladado a la guerra. Todo ello quedaba expresado a partir de elementos concretos, pues sus discursos no se construían sobre abstracciones.

Los soldados baracaldeses en Cuba o Filipinas presentaban un nacionalismo rudimentario, pero ningún síntoma de que, en su sentir, compartiesen alguna comunidad política con quienes vivían en las colonias, salvo aquellos a los que expresamente llaman «los españoles», que eran los que participaban en los entusiastas recibimientos a los soldados y no toda la población, sentida como ajena, particularmente la de color. También desde este punto de vista, Cuba reflejó la incapacidad del Estado de dotar de una identidad compartida a quienes vivían en los territorios que lo formaban⁴¹.

Hubo un momento en el que la identificación de los soldados con los mandos, sin desaparecer, se relajó. Al menos, las cartas que llegaban de Cuba —no las de Filipinas— reflejan este cambio en el estado de ánimo. «Si esto sigue de esta forma pues tenemos guerra en Cuba hasta que vuelva Colón»: así se expresaba un soldado experimentado que había combatido en Melilla en 1893 y que entonces estaba en Cárdenas, Cuba. Fue en el verano de 1897, cuando las enfermedades, que habían castigado al Ejército, se adueñaron de él. Téngase en cuenta que la inmensa mayoría de las bajas españolas las produjeron las enfermedades, quizás el 93%⁴².

2.3. *La mentalidad social*

Sus visiones del mundo se expresan sobre elementos vivenciales específicos, por lo común inmediatos. A partir de ellos resulta posible reconstruir su mentalidad, teniendo en cuenta los conceptos y las referencias sociales que emplean.

En toda la documentación no se localiza ninguna expresión que designe una entidad global, a no ser las voces «España» y «los españoles» en los términos descriptos, dentro de los contados lemas patrióticos que llegan a recoger. Cabe suponer

41. *Vid.*: ÁLVAREZ JUNCO, José: «La nación en duda». En: PAN-MONTOJO, Juan (coord.): *op. cit.*, pp. 405-475.

42. En esto las cifras son variables, aunque coinciden en la envergadura. Entre 1895 y 1898 el Ejército español habría sufrido 32.357 muertes y 158.492 repatriados (MALUQUER DE MONTES, Jordi: *Nación e inmigración: los españoles en Cuba (siglos XIX y XX)*. Gijón: Archivo de Indianos-Ediciones Júcar, 1992, p. 56). En otra evaluación, los fallecimientos llegaron a 44.389, de los que como resultado de los enfrentamientos sólo lo serían 3.101, esto es, el 7% (PASCUAL MARTÍNEZ, Pedro: «Combatientes, prófugos y muertos del ejército español en la Guerra de Cuba (1895-1898)», *Estudios de Historia Social y Económica de América*, n.º 13, 1996, pp. 479-486).

que constituía el marco en el que se sentían insertos. No hay más ámbitos sociales de referencia. Ninguno se refiere al País Vasco. La única vez que el contexto lo hubiese exigido, cuando el soldado narra las tensiones que hubo en el cuartel de Santander, que por la prensa sabemos que fueron aislados los del País Vasco y Navarra, asegura que eran «los de Bilbao». Los sustituyó la referencia a la capital vizcaína, que hizo las veces de esta globalidad, sin que nada sugiera que ésta formase parte de los conceptos que los soldados manejaban. Desde luego, no la usaron en sus textos.

Sólo una vez se designa a Vizcaya, pero su formulación retórica, ya recogida y debida a un escribiente, no permite suponer que formaba parte de las nociones que empleaban. Pocas veces nombran a Baracaldo —a no ser en la dirección de las cartas y para explicar que «me encontré con otro que es de Baracaldo»— y nunca emplean «baracaldeses». La población en crecimiento, compuesta por distintos núcleos, no había generado la noción de pertenencia; o bien no resultaba necesaria la precisión geográfica o vecinal, pues no hacía falta cuando preguntaban a la familia por sus conocidos.

Sí figuran, por contra, algunos topónimos de la localidad o sus proximidades: la fuente de San Vicente, Zorroza, Burceña, el Regato, la Arboleda, Bilbao, la Casilla de Bilbao, Sestao, Valmaseda... Son menciones aisladas, siempre para situar circunstancias concretas: de dónde es el soldado que ha conocido, los lugares donde bailaban, se despidieron de los amigos, tuvieron alguna novia, su familia debe recoger el correo o ha fallecido un pariente. Casi todos los lugares «vivenciales» están en la margen izquierda, por mucho que no haya un término que designe tal abstracción. Respecto a Bilbao, aparte de las necesidades administrativas (cuartel de Garellano, correos), sólo se citan el tren que allí llevaba y el baile de la Casilla, al que acudía alguno.

Ningún concepto se refiere globalmente a la sociedad en la que se desenvolvían —del tipo «los vizcaínos», «los baracaldeses», «la gente»— ni al ámbito social al que pertenecían, un «nosotros» que designase a los obreros frente a otros grupos. Tampoco se localizan peticiones de información sobre la marcha conjunta de la población, para saber cómo iban las cosas para todos. Hay cuatro excepciones, pero con la prioridad de establecer su incidencia personal o familiar. Son las siguientes: la pregunta sobre qué dice la prensa española acerca Cuba, porque las noticias que allí les llegan son insuficientes; la petición de aclaración sobre el rumor de que se habían sublevado los carlistas, por el temor de que le tocase continuar en guerra; y, las de mayor interés, dos sobre la marcha del empleo, si hay trabajo allí (en Baracaldo y su entorno, entendemos), por si el padre encontraba empleo o para planificar su futuro, pues si no lo había el jornalero era partidario de quedarse en América. Los sucesos sociales o económicos tenían interés no por la marcha de un colectivo, sino por cómo afectaban al soldado y a su familia.

No son habituales expresiones de fidelidad empresarial, pero sí alaba alguno que la fábrica hubiese pagado la cuota de un amigo, para librarlo del servicio militar. De otro lado, surgen expresiones de respeto y admiración cuando el soldado

mantiene relación con alguien que tiene influencias, una actitud parecida a la admiración que expresan por los mandos militares. No sólo agradecen su ayuda. La alabanza se hace extensiva al personaje en todas sus facetas, evaluadas siempre de forma encomiástica. Pedro Acedo iba recomendado al padre Mauricio y su descripción no deja lugar a dudas, «una persona tan amable y tan buena y no digo nada del carácter tan campechano que tiene».

Sin expresiones de solidaridad o de interés respecto a su ámbito social, tampoco las hay por la población de Cuba o Filipinas. Algunos no tienen reparo en vejar a mujeres y lo cuentan con orgullo —«tenemos las chicas a nuestra disposición porque les tiene cuenta, nos lavan la ropa y si no quieren les pegamos»⁴³, al tiempo que muestran una hostilidad racista con la población de color —«da asco al ver a esta gente porque van en cueros y luego son tan negros que les huele el cuerpo a perruno»⁴⁴. Así, no se localizan conceptos que puedan relacionarse con los que difundían los socialistas. Hay una peculiar excepción. Un soldado informa a su familia que en Cuba no había ninguna «lucha de clases» por lo que no se las podía mandar. Sin duda, usaba el título del semanario socialista como sinónimo de periódico. No conocería otro. Por lo que se deduce, era de lectura habitual en su entorno. Este (único) síntoma de penetración socialista no se corresponde con la asunción de sus planteamientos, de los que no encontramos ninguna secuela.

No hay referencias a conceptos sociales genéricos, locales, grupales o de clase, por lo que cabría suponer que entre los jornaleros que escribieron las cartas no existía una imagen de lo colectivo, sustituida por un individualismo radical, que sería así la tendencia predominante entre las capas bajas de la sociedad que se industrializaba. No hay tal: la idea de pertenencia a una comunidad estaba extraordinariamente arraigada entre estos jornaleros y explica muchas de sus preocupaciones, reflexiones y decisiones. Ahora bien, su ámbito social de referencia no se correspondía con los conceptos grupales que se impondrían con la modernización. El colectivo en el que se sienten insertos, del que hablan una y otra vez, es la familia. Según se deduce, desde tal círculo familiar se relacionaban con los demás ámbitos. La dimensión familiar se impone también sobre los planteamientos individuales. La prioridad es el bienestar de la familia, medido en primer lugar en términos de suficiencia económica.

Cuando marcharon a la guerra, todos los soldados de los que hemos podido reconstruir su situación vivían en familias por lo común encabezadas por los padres y en algún caso por el padre o la madre casados en segundas nupcias, en

43. MONTERO, Manuel: *Las guerras...*, p. 438. Carta de Laudelino Fonseca y Otero, Cavite, 3 de febrero de 1897. Las expresiones de este tipo son continuas. «Ya le digo, si les decimos tenéis que estar todo el día con nosotros [las chicas] están por el miedo que nos tienen, les mandamos que nos traigan fruta y nos la traen enseguida, andan por máquina».

44. *Ibidem*, p. 534. Carta de Fidel Yburo, Puerto Príncipe, 29 de noviembre de 1897. Las expresiones de este tenor son muy abundantes. *Vid.*, por ejemplo, *ibidem*, p. 390. Carta de Bartolomé Gandarias, San Luis, 23 de septiembre de 1896: «Aquí no se sabe nada de la guerra, pero hay unos negros y unas negras que parecen animales y andan poco menos que desnudos».

cuyo caso se integraban también en la unidad los hijos del otro cónyuge, si los había. Sólo uno marchó a la guerra tras contraer matrimonio y tener un hijo, pero seguía viviendo con su padre. Dentro de este esquema básico se daba gran variedad de situaciones, como la de los hijos que vivían con la viuda de su padre, con la que había casado en segundas nupcias; o la de la madre que encabezaba una familia en la que el padre, marino, solía estar ausente.

En todos los casos la relación entre los miembros de la familia era afectuosa, al menos según la redacción de las cartas: si había problemas serios se relegaban a un segundo término porque, según se aprecia, la norma exigía una relación anímica cercana. A veces surgían tensiones —por lo común debidas a razones económicas, si la familia no remitía dinero al soldado o si la familia pensaba que el voluntario ocultaba su sueldo—, pero en la misma carta en que se deslizaban reproches acababa imponiéndose la relación familiar, que incluía la ayuda mutua.

La familia aparece, en estos textos, como el ámbito que asegura la estabilidad emocional. Se esperaba la llegada de una carta con ansia y, según varios relatos, con el temor de que hubiese «novedades», que indefectiblemente se identificaban con problemas, esto es, enfermedades y muertes. Si el soldado no recibía cartas o estas se dilataban en el tiempo —circunstancia muy frecuente, pues el precario nivel cultural dificultaba muchas veces los envíos, al margen de que el pago de un escribiente no era una posibilidad cotidiana— cundía el desánimo y las misivas se llenaban de reproches.

Quisiera saber si es que ya no se acuerdan VV. de mí, pues me parece no habré dado motivos para tanto. Hoy me dirijo a VV. suplicando tengan a bien escribirme. Y si a esta no lo hacen pueden VV. contar con que no sabrán nunca de mí.

Pedro Izaguirre estaba en Regla, Cuba, y amenazaba con ruptura si seguía sin tener noticias. No es el único testimonio de este tipo.

Los soldados exigían conocer si había novedades e inquirían noticias diversas, sobre todo que les contaran qué pasaba por allí, un indeterminado que se refería al entorno cotidiano y que incluía la marcha del trabajo, cómo estaban los hermanos y los parientes y a veces los amigos. Los soldados seguían de cerca los problemas familiares, si los más pequeños avanzaban en la escritura o si los mayores encontraban trabajo. Algunos daban consejos a sus hermanos. En sus cartas comunicaban cómo estaba su salud, contaban sus avatares bélicos y los encuentros con los conocidos del pueblo. Por lo común se fotografiaban, con cierta solemnidad, para enviar la imagen a casa, y pedían fotos —y a veces mechones de pelo de los hermanos—: tales intercambios se celebraban como acontecimientos de los que parecía depender la estabilidad emocional. Las noticias de muertes familiares o de enfermedades se recibían con desolación, mientras la noticia del matrimonio de las hermanas se celebraba como una señal de progreso. Así recibió Esteban Uruga la noticia de que sus hermanas Irene e Isidra se habían casado (lo hicieron el mismo día, con 19 años). «Me alegro mucho de que haya sido a gusto de todos, y que me alegro que hayan salido tan adelantadas, que yo no lo creía tan pronto». Era tan

importante comunicar el matrimonio de las gemelas que se les olvidó decirle con quiénes se habían casado, por lo que escribía preguntando por el nombre de los cuñados.

En conjunto, la imagen que proporcionan las cartas es la de una intensa relación afectiva dentro del núcleo familiar, que sirve para canalizar las esporádicas tensiones. A veces el trato con alguno de los miembros de la familia (un hermano, una hermana o la madre, por lo común) parece particularmente próximo. En algunos casos, cuando el soldado es el primogénito y la madre está viuda, actúa como si fuera el cabeza de familia, supervisando a distancia la marcha de todos los hermanos. Si el padre no sabe leer, ejerce ese papel —al menos en la relación con el soldado— el hermano que sí tiene esa capacidad, que actúa como intermediario entre el combatiente y su familia.

Varios soldados tenían novia cuando marcharon a la guerra. Pueden apreciarse dos circunstancias peculiares: la novia entra dentro de la estructura familiar, pues, aunque algunas recibían sus propias cartas, con frecuencia el soldado les transmitía noticias en las que escribía a sus padres y se sobreentiende que las recibe por el mismo camino; y es la familia la encargada de supervisar el comportamiento de la novia en cuestión⁴⁵, de comunicar si mantenía el que se consideraba correcto. Eventualmente la familia oficializaba la ruptura, no entregando la foto que se le había enviado o exigiéndole que la devolviese si consideraba que la situación no era la adecuada. La fotografía constituía un símbolo de la relación de noviazgo.

La familia no era sólo la principal unidad afectiva. Era, también, la referencia económica. Al margen de que los miembros de la familia trabajasen—por lo que se colige, todos por encima de la edad laboral tenían empleos, seguramente inestables, como jornaleros, lavanderas, sirvientas, etc.—, persistían las dependencias económicas mutuas, que no se rompían hasta el casamiento. Se deduce que en el caso de los hombres esta ruptura no se producía hasta que quedase asegurado el equilibrio económico de la familia, por la entrada en el mundo laboral de algún hermano. Incluso en ese caso no se terminaban las obligaciones económicas, que se activaban si el primer núcleo familiar pasaba apuros, por perder el trabajo o por el fallecimiento de quienes tenían capacidad laboral. En tales casos les correspondía el deber de ayuda.

El hijo estaba en la guerra: en muchos casos el alistamiento como voluntario entró dentro de la estrategia familiar en la que se optaba por tener un sueldo estable durante los años de la milicia. De necesitar recursos, a veces por haber

45. *Ibidem*, p. 342. Así se lo decía Isidro Salbide a su cuñado: «Harás el favor de decirme dónde para mi novia, porque desde que vine a la isla de Cuba no sé de ella. Y si es caso que sea casada me lo dices o si anda con otro [o] si se ha casado, de mi parte que te dé los dos retratos míos. Y si no te los da la pica a ella y a su marido como si vamos a los mambises. Y si es caso que no se ha casado, que la dices con buenos modos que [ilegible] no más tiene de escribirme». Carta desde San Felipe, Cuba, 6 de febrero de 1896.

contraído alguna enfermedad, el soldado los pedía en casa, o los exigía a veces en términos drásticos, con quejas porque en casa estaban gastando excesivamente o porque las cuentas no estaban claras. En el sentido contrario, algunos enfados provenían de que los sueldos del voluntario no se conocían bien, a lo que seguían protestas del aludido, indignado de que hubiesen dudado de su compromiso familiar. Estas discusiones confirman la imagen de la familia como una unidad económica con dependencias mutuas y que colectivamente afrontaba las distintas situaciones. A veces era por la familia por la que se realizaba el sacrificio de marchar a la guerra y de combatir durante tres años. Y las opciones de los hermanos —si se incorporaba al trabajo o cómo lograría eludir el servicio militar— figuraban en las cartas también como una discusión colectiva.

La familia era una especie de comunidad bien asentada, el punto de referencia fundamental, y se concebía de forma jerárquica. A los padres les correspondía dar su consentimiento para ir de voluntario y a ellos se encomendaban para decidir su futuro. «Si V. quiere que yo me quede los cuatro años que puedo estar, aquí me quedaré [...] V. me dirá lo que haga»: Pedro Villate —el único del grupo que estuvo en Puerto Rico— escribía a su madre, viuda, desde Mayagüez. «Yo no haré nada hasta que no me digan VV. lo que les parece»: Francisco Alonso pedía permiso a sus padres para cambiar de destino, pues quería ir de la guerra de Cuba a la de Filipinas. Implícitamente les pedía perdón por haberse marchado de voluntario sin consultárselo. La norma fueron las decisiones individuales tomadas en función del colectivo, con la aquiescencia de los padres, a los que al menos aparentemente se otorga la última palabra.

La familia nuclear no era la única sociedad referencial de los obreros. En sus cartas, estos incluían habitualmente saludos personalizados a un grupo más extenso, que figura en un segundo plano pero que completaban el ámbito de relaciones sociales afectivas. Estaban los hermanos y en segundo lugar los demás parientes, sobre todo primos, tíos y sobrinos, con los que solían mantenerse relaciones cercanas si vivían en el mismo municipio y alrededores. Un tercer grupo lo componían los amigos, por lo común también designados de uno en uno, que lo eran en función de relaciones en el trabajo o de vecindad inmediata.

El cotejo de las distintas despedidas epistolares y los perfiles biográficos de los soldados muestra una circunstancia peculiar. En la extensión del ámbito de relaciones personales influía el carácter del autor de la carta —los que se adivinan más expansivos aumentaban la lista—, pero genéricamente se advierte que los nacidos en Baracaldo o instalados en el municipio de niños incluían una relación más amplia que los inmigrantes que habían llegado los últimos años. El nivel de integración de estos era sustancialmente inferior y, por tanto, también la red informal de apoyos. Con frecuencia, en tales casos figura la mención escueta a padres y hermanos, sin menciones de otros entornos.

Una situación encabeza esta peculiar escala social dentro del ámbito de los jornaleros de Baracaldo, que por lo demás compartían similares niveles económicos y culturales, muy ajustados. La encontramos en tres soldados, que mantuvieron

relación con un baracaldés que vivía en La Habana, y que consta que les recibió, y les dio consejo y apoyo, además de recibir las cartas de sus familias para entregárselas. Sus cartas presentan las mismas características que el resto —deficiente ortografía y redacción, alusiones a difíciles condiciones de vida—, pero sus autores comparten una circunstancia con Landaburu, el vecino que había emigrado a Cuba: todos pertenecen a familias cuyo arraigo en Baracaldo era antiguo, pues por la vía de su padre o de su madre databa del siglo anterior. Las relaciones familiares procederían de antiguo y proporcionaban un tipo de contacto que, según se adivina, incluía apoyo en las difíciles condiciones en las que se encontraban.

Cabe destacar un último ámbito de relaciones. En algunos casos los soldados incluyen a conocidos del pueblo del que procede su familia, a veces asentados en Baracaldo. «No os olvidéis de dar mis recuerdos a toda la colonia de Villarreal», escribía desde Filipinas Justo Sáez de Viteri. No son muchos los casos y todos se dan respecto a localidades relativamente próximas: Zarratón, Villarreal, Miranda de Ebro... A veces el soldado pregunta a la familia cómo habían ido las fiestas en el pueblo, por lo que se deduce que solían visitarlo, al menos en las fechas señaladas. Esta especie de cobertura social no se produce en los jornaleros procedentes de lugares alejados.

Por último, conviene recordar lo ya mencionado. Los soldados desplazados a Cuba o Filipinas citan como amigos sólo a los conocidos de su pueblo y de sus inmediaciones, sin que otras procedencias, que citan como extrañas, generen similares vínculos de proximidad. «Me encontré con mi amigo Martín y está hecho un hombre de gordo y guapo y bastante alto, si tú supieras lo que yo me alegré al verle», escribía Domingo Moya desde Silang, Filipinas. «Me encontré con el navarrillo, [...] la que nos abrazamos de contentos», comunica Valentín Rodríguez, que estaba en Managua, Cuba. Eran las grandes ocasiones: no hay en las cartas similares muestras de contento en otras ocasiones y los compañeros de armas, con los que comparten penalidades y combates, quedan siempre difuminados. Como si no llegasen a entablar relaciones personales fuera de su vecindad.

En las cartas de los jornaleros las relaciones familiares y amistosas presentan un aire vital e intenso, pero no hay expresiones que remitan a otros parámetros sociales, incluyendo solidaridades de clase o laborales. Las preocupaciones, si las hay, se refieren a la situación de personas concretas y próximas, nunca a solidaridades imprecisas con gente a la que no se conoce, por mucho que se compartan situaciones. La dimensión de lo colectivo es tangible. Consiste fundamentalmente en el ámbito familiar. Las necesidades de afrontar los mismos sistemas de contratación y de sueldos o el hecho de compartir condiciones de vida en entornos homogéneos y dependientes no habían generado aún lazos suprafamiliares, capaces de sugerir otras comunidades de referencia. Para los jornaleros la sociedad es fundamentalmente la familia. A través de ella toman sus decisiones y se relacionan con otros entornos. A juzgar por el discurso que subyace en sus cartas, viven su vida familiarmente, sin sentirse parte de otros ámbitos comunitarios.

Este sentimiento de pertenencia a una familia no se apoya en apelaciones religiosas ni genera solidaridades con su entorno. Tiene interés la cuestión, puesto

que los jornaleros que combatieron en Cuba o Filipinas forzosamente habían vivido los años épicos del movimiento obrero que se inició en 1890 y asistido a los intentos de penetración eclesiástica entre los trabajadores. Nada de ello dejó mella en sus expresiones y conceptos sociales.

2.4. *El perfil de una mentalidad tradicional*

La mayor parte de los autores de las cartas eran inmigrantes o hijos de recién llegados a Baracaldo. Procedían de zonas rurales y no resulta difícil percibir en sus esquemas sociales la pervivencia de conceptos tradicionales, bien que sin las evocaciones religiosas que la literatura eclesiástica atribuía al campesino. El concepto familiar, rotundo, evoca al mundo agrario, pero subsistió en las primeras etapas de la industrialización. ¿Constituyó una traba para la propagación de esquemas sociales modernos? En todo caso, fueron las estructuras mentales sobre las que estos tuvieron que desenvolverse.

A la luz de los datos que nos proporcionan las cartas que escribieron los jornaleros de Baracaldo desde las guerras coloniales podemos resumir su mentalidad social en los siguientes puntos:

a) Aceptación resignada de la obligación del servicio militar que imponía el Estado, en general sin plantearse la desobediencia ni formular protestas siquiera en su círculo familiar, que, al parecer, asumía la situación como parte de la normalidad. La marcha a la guerra, con los riesgos que implicaba y cuando habían iniciado su vida laboral, fue aceptada mayoritariamente sin grandes muestras de rechazo, pese a que suponía a veces recortes importantes en los ingresos familiares.

b) Evidenciaron un gran espíritu de disciplina. Asumieron duras condiciones de vida —que empezaban en el viaje a las colonias— y desarrollaron a veces operaciones interminables con precarios abastecimientos y escasez de comida o bebida. Lo hicieron, además, sin quejas, pues cuando estas se emitieron se refirieron siempre a abusos fuera del cuartel —por los altos precios, habitualmente—, no en sí mismo a la forma en que se llevaba a cabo el servicio militar. Verosímelmente, trasladaron al ejército la disciplina propia de la vida laboral de la época.

c) No discutieron la autoridad militar. Al contrario, tuvieron tendencia a identificarse con oficiales y mandos, con los que desarrollaban una relación paterno-filial, que quedaba reforzada cuando el superior adoptaba actitudes paternalistas. La imagen de que la autoridad no generaba rechazo sino veneración queda reforzada por los comentarios encomiásticos que realizaban respecto a las personas que tenían algún tipo de influencia. Cabe suponer que la búsqueda de este tipo de relaciones «filiales» o el respeto a la autoridad se observaban también en el mundo laboral, pues parece una tendencia bien asentada.

d) En la mentalidad de los jornaleros, la sociedad se identificaba fundamentalmente con la familia y la formaban relaciones afectivas y económicas inmediatas, nunca cuestionadas, y que resultan fundamentales al trazar sus expectativas

vitales. No había otro tipo de abstracciones que sugirieran la conciencia de pertenecer a colectivos más amplios.

Eran esquemas tradicionales, de origen agrario, propios de trabajadores que habían llegado al mundo industrial sin que aún se hubiese producido una ruptura mental o cultural. No se localizan secuelas de desarrollos ideológicos vinculados al socialismo ni adoctrinamientos religiosos. La disciplina estricta con la que se asumían las condiciones más duras e incluso discutibles, la tendencia a identificarse con la jerarquía y las estrictas estructuras familiares —en cierto sentido antagónicas a las abstracciones sociales— gestaban las condiciones en las que debían propagarse los planteamientos novedosos y resultaban particularmente difíciles para la penetración del socialismo, con sus conceptos universales y solidarios.

La mentalidad de los jornaleros que escribieron las cartas analizadas no muestra una conciencia de clase, que en todo caso sería muy precaria. Las solidaridades se quedaban en el núcleo familiar y el entorno inmediato, sin que jugase ningún papel la imagen de que se compartían condiciones similares con otros grupos. Describe las condiciones en las que se desarrolló el movimiento obrero, cuya fecha de arranque se suele situar en 1890, con el éxito socialista de la Gran Huelga de ese año. «Este triunfo conseguido por los mineros en 1890 ha venido siendo la piedra angular en que descansó todo el edificio de esta organización»⁴⁶, valoraba años después Julián Zugazagoitia, cuando los sucesos de aquel año se habían convertido ya en mito. El éxito obrero, e incluso la experiencia emocional, fueron el punto de arranque, «el hito fundacional de la clase obrera como sujeto político»⁴⁷, pero, más allá del indudable papel simbólico que jugó ese acontecimiento clave, resulta obvio que los esquemas obreristas penetraban lentamente y que aún no jugaban un papel significativo entre los jornaleros que vivían en Baracaldo.

2.5. *La gestación de la conciencia obrera*

Los socialistas fueron conscientes de esta precariedad. Para combatirla proponían la organización. Así explicaban las razones últimas del fracaso de un conato de huelga en una sección de Altos Hornos:

Si estos obreros, así como todos los de la fábrica, estuvieran asociados debidamente, no se burlarían tan impunemente los burgueses y habrían conseguido evitar la reducción de sus jornales. Urge que todos nos asociemos si queremos poner un dique a las ambiciones de nuestros explotadores⁴⁸.

46. ZUGAZAGOITIA, Julián: «Triconomía obrera. Fábrica, Minas y Talleres», *El Liberal*, 20 de agosto de 1922.

47. ARBAIZA, Mercedes: «La formación emocional de la clase obrera, a través de Julián Zugazagoitia», *Historia, Trabajo y Sociedad*, n.º 4, 2013, pp. 119-143.

48. «Carta de Baracaldo», *La Lucha de Clases*, 20 de abril de 1897.

Conforme al esquema con el que nació este primer movimiento obrero, este se gestó en torno a la acción y fue consolidándose a partir de la aparición de sociedades obreras.

Durante los años noventa el proceso avanzaba lentamente. No había en realidad una cultura de la clase obrera, o esta era muy incipiente, ni en Vizcaya podía nacer a partir de los artesanos frente a la industrialización, como en la trayectoria clásica del caso británico⁴⁹. Los obreros que trabajaron en las fábricas o en las minas eran recién llegados de zonas agrarias, o hijos de campesinos que habían inmigrado. En este contexto tienen interés las perspectivas familiares, de perfil tradicional, que caracterizaban la mentalidad de estos jornaleros.

El Informe de Reformas Sociales incluyó la distinción clásica de los obreros mineros, que en parte puede hacerse extensiva a todos los obreros. Estaban los «obreros ambulantes» y los «obreros fijos», y, aunque había más distinciones, lo importante a nuestros efectos es que los primeros eran obreros solos, sin familia, que habían llegado a Vizcaya a emplearse en las minas durante algún tiempo; frente a los «obreros fijos», instalados con sus familias, con tendencia a fijar la residencia permanente. Los hubo en las minas, pero fue la situación más frecuente en las fábricas y es la que presentan los jornaleros cuyas cartas hemos estudiado, pues todos tenían una familia, la que presentó las cartas al Ayuntamiento.

Pues bien: la propagación de la doctrina socialista no se adaptó a esta situación, para la que la estabilidad constituía un valor, pues inicialmente su punto de referencia fue el minero sin un entorno asentado. El primer movimiento obrero tuvo un desarrollo convulso, no necesariamente adecuado a familias que se sentían arraigadas.

Efectivamente, a partir de la huelga de 1890 el movimiento obrero vizcaíno adquirió un carácter «turbulento», con débiles organizaciones y confianza en el movimiento súbito y general que, con el aspecto de un mitin, forzase a la negociación. El propio éxito de aquel movimiento «hizo válidos los argumentos de los partidarios de métodos y planteamientos extremistas»⁵⁰. Esto explica a su vez la relativamente lenta irradiación del obrerismo socialista, incluyendo la tardía formación de organizaciones, sociedades de resistencia o asociaciones políticas, que no tuvo una red más o menos sólida hasta aproximadamente 1900.

Sus eventuales fracasos —frecuentes en las fábricas— los atribuían a veces a una especie de traición de algunos obreros, pero también estaba la débil organización, de la que eran conscientes. En la siderurgia «Vizcaya» fracasó en julio de 1899 una huelga y la interpretación de *La Lucha de Clases* era drástica: «Nunca tuvimos gran confianza en la gente de esta fábrica, ya porque su organización deja mucho que desear, ya porque el número de lacayos es tan fuerte que no pueden ni

49. THOMPSON, Edward Palmer: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica, 1963. 1.ª ed.: *The Making of the English Working Class*. Nueva York: Vintage Books, 1963.

50. FUSI, Juan Pablo: *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*. Madrid: ed. Turner, 1975, p. 100.

respirar»⁵¹. Habían echado un «borrón ignominioso», «por miedo, debilidad o lo que sea». Si, siguiendo a Hobsbawm, la conciencia de clase apareció en el proletariado por experiencias concretas de antiguos artesanos, cabe entender que en las zonas fabriles —con obreros llegados del campo— el proceso fuese muy lento.

Los socialistas tropezaban con la dificultad de vencer las resistencias de quienes velaban básicamente por los intereses familiares. También con la competencia de la propaganda religiosa, de la que eran conscientes. Por las mismas fechas se indignaban de que para lograr la paz social los nacionalistas vascos propusieran, además de la contratación exclusiva de obreros vascos, la construcción de «capillas en las fábricas», con las predicaciones y fiestas religiosas consiguientes «y los talleres se convertirán en una colonia de honrados y pacíficos obreros»⁵². La lucha radical de los socialistas contra las posiciones eclesiásticas, que estuvo teñida de invocaciones morales, no era una mera discrepancia ideológica, sino parte de una lucha por la propagación de sus planteamientos. La Iglesia constituía, en realidad, su principal competencia organizada. Pero, por lo que hemos podido apreciar, entre los jornaleros de Baracaldo no tenía buenas posiciones, dada la ausencia de planteamientos religiosos.

En la mentalidad de los jornaleros de la zona fabril la familia constituía el ámbito social prioritario. De ahí que las primeras formulaciones socialistas no podían tener gran eficacia en estos grupos. Estaban pensadas para las minas y para la formación de movimientos masivos compuestos fundamentalmente por obreros ambulantes. Sólo cuando el socialismo optó por organizaciones estables, con agrupaciones que acogían integralmente al obrero —incluyendo actividades culturales, organizaciones para jóvenes, etc.— cabía pensar en una penetración decidida en estos sectores. Esto explica las quejas coetáneas de socialistas como Felipe Carretero, para quien los obreros fabriles «se vieron envueltos en obligados actos de solidaridad con los mineros»⁵³, lo que retrasó sus progresos. En último término, los esquemas propios de los obreros hacían indispensable que el socialismo tuviese su modelo de familia, que no rompiese con el tradicional, pero que implicase el arraigo de planteamientos solidarios y de una conciencia social. De ahí que el socialismo abarcara un modelo de familia propio, pero que no rompía drásticamente con el que se imponía en el régimen de la Restauración y «la estimación [socialista] de la familia como elemento vertebrador de todo edificio social»⁵⁴. Cabría concluir que inicialmente en Vizcaya el socialismo no tuvo en cuenta el arraigo de la institución familiar, lo que puede explicar la relativa lentitud de sus avances.

51. «Las huelgas de la zona fabril», *La Lucha de Clases*, 29 de julio de 1899.

52. «Notas semanales», *La Lucha de Clases*, 5 de agosto de 1899, que cita un artículo de *El Correo Vasco*. La *pacificación* de los obreros incluía también la supresión (en las contrataciones) de «esa gente extraña que traen las malas ideas y corrompe a la gente del País».

53. CARRETERO, Felipe: «Unión es fuerza», *La Lucha de Clases*, 21 de octubre de 1899.

54. LUIS MARTÍN, Francisco de: «Familia, matrimonio y cuestión sexual en el socialismo español (1879-1936)». En: LORENZO PINAR, Francisco Javier (coord.): *La familia en la historia*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2009, pp. 261-292, p. 264.

La mentalidad social de los jornaleros de Baracaldo en los últimos años del XIX, apegada a esquemas familiares tradicionales, se construía sobre valores reacios a los primeros planteamientos socialistas. No sobre criterios religiosos, pero sí sobre la identificación con la autoridad jerárquica y sobre conceptos sociales circunscritos a ámbitos estrictamente familiares, en los que difícilmente tenían nociones equivalentes a la conciencia de clase. En cualquier caso, fue el punto de partida, retardatorio o no, de la evolución de los obreros vizcaínos en las primeras etapas de la industrialización.